

y por regla general, todas las aspiraciones y los esfuerzos del clero alemán, con pocas excepciones, tendían únicamente á obtener un aumento de bienes y de autoridad. Debemos confesar que entre los prelados no faltaban en absoluto hombres instruidos, morales y patrióticos; pero la gran mayoría del alto y bajo clero no sabía elevarse sobre el nivel del vulgo. Estos «reverdísimos señores» se divertían en cazar cuando los ardides políticos y los devotos manejos combinados para explotar la estupidez de los feligreses les dejaban tiempo libre; recreábanse también jugando á los dados, ó pasaban su tiempo en los burdeles. Las dolorosas quejas elevadas por los prelados más rectos y morales de la época sobre la corrupción é impudicia de sus colegas tonsurados no nos dejan la menor duda sobre el particular.

Al lado del clero, cuya graduación se elevaba desde el párroco de aldea hasta el príncipe arzobispo, desde el monje del convento hasta el abad-príncipe del imperio; y junto á la «alta» nobleza, compuesta de los condes, margraves y duques, los labradores y caballeros (la «nobleza baja») constituían en la época de los Enríques la verdadera masa de la población de nuestro país: los habitantes de las ciudades no podían competir en número con los segundos, ni menos con los primeros. En la época de los Enríques, como en la de los Otones, la caballería debía aún considerarse como corporación de soldados de á caballo. Los caballeros eran descendientes de los antiguos libres comunes, ó *ministeriales*, que habían sustituido á estos, y que como jinetes armados desempeñaban el servicio militar. En cuanto á los labradores, los libres formaban la minoría y los litos la mayoría; el libre podía tener propiedades y derechos jurídicos; poseía bienes verdaderos, es decir, de tal naturaleza que no estaba obligado á servir á nadie; érale permitido venderlos ó transmitirlos en herencia; correspondíale además el cargo de asesor en el tribunal, y podía llevar armas y dejarse el cabello largo en señal de su estado libre, como lo hacía el noble. En Westfalia y Alemania (ducado), incluso la Suiza, y también en los países bávaros y austriacos, á orillas del Danubio, existían estos labradores libres, que en nada cedían á la nobleza por el orgullo de casta; sólo se consideraban súbditos del emperador y del imperio; evitaban cuidadosamente uniones desiguales con gente de la clase de los litos y demostraban en ocasiones dadas, al mismo poderoso clero, que en ellos se conservaba todavía bajo la ceniza una chispa de la energía y obstinación de los antiguos germanos gentiles.

Los labradores litos (ya hemos indicado ántes por qué eran los mayores en número) debían llevar el cabello corto; no podían ser asesores ni testigos, ni tampoco casarse sin permiso de sus amos; sólo les era lícito llevar armas cuando acompañaban á su señor á campaña; no se les permitía poseer propiedad verdadera, ni alejarse del terreno que debían cultivar sino cuando su señor lo mandaba ó concedía licencia para ello. Al labrador lito (la palabra «siervo» no se usó hasta más tarde, desde el siglo xv) no se le consideraba por lo tanto como persona; era sólo un objeto; y así los nobles como los labradores libres tenían litos. Inferiores á estos eran los individuos que en vez de cultivar en calidad de colonos una mojada de tierra, cuidábanse sólo del servicio inmediato de sus señores, de los quehaceres domésticos y los trabajos del campo; y no obstante, este grado más ínfimo de esclavitud servía á menudo de escalón para obtener la libertad, pues á los litos domésticos no les era muy difícil, sobre todo en las casas de los príncipes, conseguir por medio de fieles servicios que su señor les elevara al rango de caballeros. Más tarde se opusieron á ello tantos obstáculos, que hasta llegó á ser imposible,

cuando menos en teoría, porque la dignidad de caballero suponía la descendencia de otro. Al clero, á la nobleza alta y baja, á la caballería y á los labradores oponíanse los ciudadanos, á pesar de que la población de las ciudades se componía al principio de nobles y aldeanos, libres y litos. El *baurgja*, según se escribía antiguamente en godo la palabra *burger* (ciudadano), tomaba su nombre del castillo que le dispensaba protección. Las ciudades alemanas, excepto las del tiempo de los romanos, fueron por lo tanto en su origen castillos reales y episcopales ó ducales; éstos y los conventos de más consideración constituían aún en todas partes el centro de las comunidades ciudadanas. Ministeriales reales, episcopales y ducales, formaban las primeras corporaciones de ciudadanos, y con ellos se reunieron los libres comunes de la misma categoría, que fijaron su residencia entre la campiña y la ciudad. Todos estos primeros colonos ciudadanos constituían juntos la clase de los *altburger*, ó *burgenses* (ciudadanos viejos ó ciudadanos propiamente dichos), la nobleza ciudadana, cuyos individuos se llamaron más tarde «generaciones» ó bien *glevner*, porque tenían como arma principal la *gleve* ó larga lanza de los caballeros. Durante mucho tiempo, sólo estos ciudadanos viejos tuvieron derechos políticos; los labradores y artesanos litos que estaban bajo la protección del castillo de la ciudad llamábanse *schutzbürger* (ciudadanos protegidos), ó tomando el nombre de su arma, *spießbürger* (ciudadanos de lanza corta) ó bien *pfahlbürger* (ciudadanos de palo), porque al principio debían construir sus casas fuera de la empalizada de la ciudad misma.

En las corporaciones ciudadanas se reconocía por lo tanto la diferencia de casta entre libres y litos no menos marcadamente que entre los labradores, y todos sabemos que la nivelación de estos contrastes en las épocas posteriores de la Edad media ha suscitado dentro de las ciudades las más encarnizadas luchas de partido y de casta, á las cuales se debió que las repúblicas ciudadanas aristocráticas se convirtieran, con pocas excepciones, en democráticas: de esto hablaremos más adelante. Desde que comenzaron á existir las comunidades ciudadanas alemanas distinguieronse las ciudades del imperio y las del país; las primeras estaban bajo la soberanía y jurisdicción del rey emperador, y las segundas bajo la de un príncipe eclesiástico ó seglar. Los empleados imperiales, episcopales ó ducales, que en las ciudades representaban los derechos de soberanía, presidiendo los tribunales, llamábanse, según la localidad, burgraves, prebostes, ó corregidores. Las ciudades del imperio estaban representadas en la dieta del mismo, y las del país en la de éste; pues las primitivas asambleas de todos los hombres libres reducíanse ya poco á poco á tales instituciones parlamentarias representativas. Con el aumento de población y de bienestar de las ciudades opulentas, excitábase también poderosamente el amor á la independencia. Las comunidades ciudadanas supieron por lo tanto adquirir por vía de compra, contrato ó donación ciertos derechos de soberanía, como por ejemplo el de acuñar moneda, que les otorgaban sus soberanos, los emperadores, príncipes, obispos y abades. Por este camino llegaron poco á poco á la autonomía, de modo que los empleados del emperador ó de los príncipes no gobernaban ya las ciudades, haciéndolo en su lugar unos consejos de asesores elegidos por las «generaciones» y presididos por un maestro ó burgo-maestre. En cuanto á la acuñación, debo añadir que en la época de los Enríques sólo se fabricaba en el imperio alemán una moneda de plata, el denario; doce denarios componían un *solidus* (suelto); este último corresponde poco más ó menos al florín de los tiempos posteriores y no se acuñaba, sino que era simplemente



moneda imaginaria; las de cobre no existían, ni se acuñaron hasta más tarde, en el siglo XVI; las que circulaban de oro eran de la época merovingia, abundando más aún las bizantinas, por lo cual todas las monedas de oro solían designarse con el nombre de *bisanti* ó *besantes*.

En las ciudades cuya prosperidad iba en aumento encontraban siempre refugio, no sólo la industria y el comercio, sino también las artes y las ciencias, que huían cada vez más de la corrupción de los conventos. En vez de las escuelas monásticas, cuya supresión propuso un cardenal del siglo XI, Danicani, porque «eran un obstáculo para la devoción de los monjes», fundábanse las escuelas metropolitanas, que florecían sobre todo en Lieja, Estrasburgo, Maguncia, Wurtzburgo, Hildesheim, Osnabruck y Ratisbona bajo la dirección de prebostes, maestros y escolásticos. Fácil es comprender que también las escuelas de las catedrales, así como las de los conventos estaban destinadas con preferencia, si no exclusivamente, para los niños y jóvenes que quisieran dedicarse al sacerdocio; hasta las condiciones preparatorias y materiales de toda cultura superior, la escritura y la lectura, llamábanse entonces «artes eclesiásticas», cual si debieran reservarse para los sacerdotes y no fuesen necesarias para los legos. Aquel erudito Guillermo que murió siendo abad de Hirschau (1091), discípulo de la escuela de San Emmeran, debe figurar sin duda entre



DENARIO DE PLATA

la última mitad del siglo XI. «El orden de la instrucción, dice Guillermo, debe comenzar por la retórica, porque toda sabiduría se funda en ella: divídese en tres partes; la gramática que enseña á escribir y leer ortográficamente; la dialéctica que enseña á demostrar; y la retórica, por la cual se aprende á explicar en forma de discurso las cosas demostradas. Con estos estudios preparatorios se comienza el de la filosofía, según el método que aconseja enseñar ante todo el cuádrivio, es decir, primeramente la aritmética, después la música, luego la geometría y por último la astronomía.» Este método de enseñanza ha predominado durante toda la Edad media. El citado abad de Hirschau define la filosofía como «conocimiento concreto del mundo visible y del invisible:» á este último pertenecen, según dice, «el Creador, el espíritu universal, los ángeles, los demonios y el alma humana». Más notable es aún lo que dice al hablar de la tierra: «Esta es el centro del mundo, y por lo tanto constituye el elemento inferior, porque el centro representa este elemento en todos los cuerpos esféricos; el mundo se parece á un huevo; la tierra en el centro figura la yema, y el agua que la circuye, la clara; en torno del agua pasa el aire, como la película al rededor de la clara; y exteriormente, en fin, se halla la esfera del fuego, representada por la cáscara del huevo.» El buen abad sabe ya, y lo dice explícitamente, que la tierra, el agua, el aire y el fuego no son elementos, sino que más bien se componen de ellos.

Las ideas físicas y morales de la Edad media, indicadas solamente en la obra de Guillermo, se fijaron y desarrollaron por la «escolástica» de los siglos XII y XIII. Esta filosofía, de la cual se reconoce por gran maestro á Tomás de Aquino, y que sirvió de fundamento para la *Divina*

los sabios más grandes de la época; escribió para la instrucción de sus contemporáneos una especie de enciclopedia filosófica, la cual nos indica entre otras cosas cómo comprendían el estudio los pedagogos más importantes de la

*Comedia* de Dante, procuró conciliar, como es sabido, la fe con el saber, es decir, enlazar todas las ideas con el círculo de los dogmas cristianos, ó en otros términos, hacer pasar el camello Dogma por el ojo de la aguja Razon. Esta llamada filosofía no era por lo tanto otra cosa sino una teología vigorizada por una sutil dialéctica. Las ideas fijadas acerca del universo, desarrolladas y defendidas por ella, predominaron durante siglos en nuestro país, y por lo tanto conviene que las tengamos presentes. En el centro del universo está suspendida la tierra en forma de esfera; al rededor de este centro terrestre giran con distinta rapidez, en siete cielos sobrepuestos, el sol, la luna y los cinco planetas; los otros astros son incorpóreos y penden libremente en el octavo cielo, cuya bóveda es una novena esfera, el cielo cristalino; el décimo, en fin, el empíreo, ó la esfera de fuego, es inmóvil y debe llamarse el verdadero «cielo», pues aquí están sentados en su trono, Dios nuestro Señor, con el Hijo y el Espíritu Santo. Al rededor de ellos hallanse los elegidos; mientras que la mayoría de los bienaventurados está distribuida en las otras nueve esferas según los diversos grados de su dignidad. Dios, el Señor, que desde los últimos límites del universo lo gobierna todo, tiene por mensajeros y criados á los buenos espíritus, los ángeles, cuyo número, según el citado Tomás de Aquino, se calcula en millones de millones. La tierra tiene en su centro el infierno, donde habita el Anticristo, el falso dios, el diablo, Satanás ó Lucifer con sus satélites, y donde los condenados sufren eternos tormentos. El diablo y sus malos espíritus son ángeles caídos que han conservado sus fuerzas sobrenaturales, otorgadas por Dios, y que sin embargo las emplean sólo en perjuicio del reino del Señor y para la perdición de los hombres. El hombre es la corona de la creación y su fin supremo; para él existe el mundo; y así como el sol, la luna y las estrellas giran al rededor de la tierra, del mismo modo gira todo el mundo espiritual al rededor del hombre; pero éste no es nada por sí mismo, es decir, depende de los poderes espirituales que le rodean; los demonios procuran siempre inducirle al mal, mientras los ángeles le conservan continuamente en el bien. El abismo profundo que divide al universo, es decir, el dualismo de espíritu y naturaleza, de fuerza y materia, de bueno y malo, de Dios y el diablo, también existe en el hombre; éste vacila sin cesar entre Cristo y Belcebú; y el cielo y el infierno se disputan su alma. Toda la existencia terrestre del hombre, por lo demás, no es sino el medio para lograr un fin elevado, es decir, para alcanzar el cielo, que constituye su verdadera patria; debe merecerle por sus padecimientos y su penitencia en la tierra; mas para que esto sea posible, Dios ha enviado á su único Hijo á la tierra para que venza al demonio, ofreciéndose en holocausto de los pecados del hombre y poniendo á este en disposición de alcanzar la salvación eterna.

La suma de estas ideas acerca del universo no podía ser sino el espiritualismo más parcial, y de aquí debía partir lógica y necesariamente el desarrollo de la más rigurosa intolerancia. La premisa del silogismo escolástico se llamaba Dios, y la consecuencia fué la Inquisición.